

horrible y pavoroso. Mis órganos ya irritados y trémulos no pudieron soportar estrépito tan espantoso.

Me parecía que yo solo provocaba este desorden de la naturaleza; que el que la gobernaba apuntaba contra mí sus iras, y atormentaba al cielo y á la tierra solo para castigarme. Cada relámpago que salía del seno de las nubes y entraba á iluminar lo interior de mi cuarto, me deslumbraba, dejándome una impresion de muerte: cada trueno me parecia disparado contra mí, y me arrojaba á tierra como para pedir que me escondiera en sus entrañas; en fin, yo mismo no me reconocia, y me avergonzaba de mí mismo; pero no me era posible resistir á la fuerza de estas impresiones.

Cuando la tempestad empezó á serenarse, ya el día estaba claro, y me corrí pensando que el extrangero podia ya esperarme; que tendria derecho para advertirme que llegaba tarde, y cuando podia haber gentes que nos embarazasen. Entónces abro la puerta apresurado, tomo mi espada, me embozo en una capa que encontré por acaso en la antesala, y corro á la puerta de la calle; me la hago abrir, y prevengo que no se diga á nadie mi salida, enfilo las calles de la ciudad, que estaban desiertas todavía, y en el tiempo debido llego al campo.

Ya encontré al extrangero que me esperaba.

Nos separamos un poco del camino, y presto llegamos al terreno que debia ser teatro del combate. Todas las ventajas estaban por él. Yo habia pasado dos noches sin dormir, y la última me tenia como enagenado y fuera de mí; con todo eso me quedó bastante razon y sangre fria para no querer quitarle la vida. Mi ánimo era vencerle sin matarle, y si era posible sin herirle; para terminar presto el combate, y volar al socorro de Manuel.

Pero ¡ay! su suerte no dependió de mi mano; pues apénas me ve en postura, y ya preparado á la defensa, cuando se avanza contra mí con tanta violencia, con ímpetu tan precipitado, que él mismo se envasó en mi espada, sin que me fuese posible preservarle. Léjos de que yo le atacase, me fué preciso retirar mi acero para que no quedase atravesado. Doy algunos pasos atras para entrar en conferencia, él no quiere escucharme, y vuelve sobre mí con nueva furia; pero ya entónces le salia la sangre á borbollones. Con esta vista me horrorizo, y me retiro aun mas; pero él se avanza siempre hasta que desangrado cae en tierra. Corro á socorrerle; ¿pero qué podia hacer? le hablo, no me responde; le toco, y me parece muerto.

Entónces reflexiono toda la ligereza de mi conducta en no haber hecho ninguna prevencion para este caso ú otro semejante; condeno mi pre-

suncion de haberme fiado tanto en mi destreza, y no haber previsto lo que sucedia. Pero estas reflexiones eran ya tarde, y las mas urgentes me decian que ya el dia estaba muy claro, que si me veian seria fácil conocer que yo era el autor de aquella muerte, y que me exponia al mayor riesgo. Conocia todos los inconvenientes, pero no tenia valor para dejar aquel hombre sin auxilio.

Miéntas fluctúo en esta indecision, veo un paisano que venia á caballo, y al instante tomo mi partido. Me acerco á él, y dándole mi bolsillo le digo: Amigo, ved aquel hombre que se está desangrando, tomad este dinero, corred á socorrerle; llevadle á alguna casa donde se le pueda curar, y tened por cierto que si le salvais la vida, yo volveré á pagaros con liberalidad este servicio. El hombre queda sorprendido; pero yo le pongo el bolsillo en las manos, y sin esperar su respuesta me alejo de aquel sitio. No obstante, cuando estuve á cierta distancia, vuelvo la vista, y veo que el paisano estaba ya con el herido, que otro hombre se habia tambien juntado, y que ámbos trabajaban para hacerle montar.

Entónces no me detengo mas. Conociendo cuán necesario me era no dejarme ver de nadie, y alejarme de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la celeridad que pude. No siéndome posible volver á la ciudad, me pareció que no tenia otro

partido por entónces que alejarme de ella lo mas que pudiera hasta que me informase del estado de las cosas; y para no ser visto ni encontrado por nadie, dejé el camino público, y me metí en lo interior de los campos, atravesando sin senda la campaña, sin mas objeto que el de alejarme del poblado.

Así corrí muchas horas sin idea ni designio fijo, hasta que sintiendo que ya no podia mas, y que mis fuerzas necesitaban de algun descanso, detuve un poco el ardor de mi fuga. Derramo la vista por todas partes, y me parece estar en un desierto; solo diviso á alguna distancia un edificio, me acerco poco á poco, y con pasos ya cansados al fin llego al umbral, y reconozco que es un convento que está solo en medio de aquel desierto. Este descubrimiento me desagrada. Ya conoces nuestra fiera antipatía á todo lo que puede ser eclesiástico ó monacal; pero no habia remedio. Ni allí habia otro asilo, ni yo tenia fuerzas para poder buscarlo.

Entro, pues, sin que nadie me detenga, atravieso un pórtico, y lo primero que se presenta á mi vista es un espacioso patio rodeado de largos y desiertos corredores. A pesar de la aversion con que veia todo lo que era claustro, la extrema agitacion de mi alma me hizo sentir algun consuelo, cuando ví la calma y profundo silencio que reinaba en aquel vasto espacio. Me pareció

que mi corazón se penetró del sentimiento serio y melancólico que produce la inmovilidad de los sepulcros; pero comparando la tranquilidad y sosiego de aquel sitio con la turbación y desorden de mi espíritu, sentí más el peso de mis propias angustias. ¡Ah! me decía, ayer vivía en la grandeza y esplendor, ayer rebosaba de placeres y riquezas, y hoy á pesar de tantos medios y de las presunciones de mi orgullo, corro vagabundo buscando un asilo, y no encuentro otro que el de un claustro, cuando yo hubiera querido exterminarlos todos.

La fatiga me hizo sentar en uno de los bancos que había en aquellos corredores. Allí me sumergí en profundas reflexiones, que nadie interrumpía, y que no podía distraer ningún rumor. Allí hubiera querido trocar mis casas magníficas y sus aposentos cubiertos de oro, por un ricon obscuro de aquella mansión pacífica y tranquila; hubiera dado sus salas brillantes y suntuosas, en que tanto se anidan las inquietudes y las penas, por un recinto humilde en que hallase la paz con el reposo. Pero á pesar de estas ideas naturales era tan fuerte el tedio de mi corazón contra todo lo que podía ser eclesiástico ó religioso, que me affigia de que el acaso, este era entonces mi lenguaje, me hubiera conducido á aquel convento. Hubiera preferido la casa de un labrador, ó cualquiera abrigo de otra especie; y mi enconada ra-

bia me engañaba tanto, que mi intención era descansar un poco, y salir á buscar otro asilo, sin sentir todavía la entera degradación de mi salud y fuerzas.

La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido no solo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana como todas las otras religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus ceremonias ridículas, sus ritos irrisorios. Cuanto más estaban constituidos en dignidad me parecían más despreciables, pues los imaginaba ministros del error y cómplices de la seducción.

No me podía figurar que personas en quienes por otra parte reconocía talentos, fuesen capaces de creer fábulas tan absurdas, y suponía que contribuían por interés á seducir los pueblos. Todo lo que ellos llamaban jurisdicción ó derecho, me parecía usurpación y abuso de la crédula simplicidad de los ignorantes. Nada deseaba tanto como verla atropellada y abatida. Cada clérigo me parecía un bárbaro, cada fraile un monstruo, cada devoto un simple, cada creyente un igno-

rante, y el que mejor libraba en mi opinion era un buen hombre de corto talento, que no habia sabido sacudir el yugo que le impusieron desde niño. Las comunidades monacales me parecian congregaciones perniciosas de ociosos, absurdas en política y fatales al estado, y como un medio de que muchos con ridículos pretextos viviesen inútiles á costa del trabajo ageno. Los votos religiosos eran para mí imprudentes y bárbaros, y todas sus costumbres viles y groseras.

Yo habia leido con delectacion y complacencia todo lo que la historia cuenta de sus desórdenes y excesos, inseparables de la fragilidad humana, pero que la malignidad ha exagerado, y que mi propia corrupcion exageraba aun mas; y por los excesos de pocos con mala lógica condenaba á todos, sin examinar como debia, las austeridades, los martirios y las virtudes de tantos eclesiásticos dignos de la mayor veneracion. ¡Pero qué caso podia hacer yo de virtudes que no estimaba por tales, que creia bajezas y extravagancias, y que en mi concepto merecian mas la indignacion que el aprecio? En fin, yo conocia y trataba pocos sacerdotes ó ninguno, porque no podia verlos sin saña y sin furor: así cuando por casualidad me encontraba con alguno, le trataba con el desprecio mas ultrajante, y si la circunstancia me lo permitia, lo hacia objeto de mi burla y escarnio. Me divertia con él hablándole con ironía y mofa, lo

procuraba ridiculizar, y mostraba en mis discursos y mi gesto la baja opinion que tenia de su persona y de su estado.

Con estas preocupaciones ya puedes concebir que deseaba salir de aquel retiro, y buscar otro que fuera ménos repugnante á mis ideas; y entretanto en el reposo á que me forzaba mi fatiga, mi alma daba entrada á diferentes reflexiones. Volvia á compararme con los que habitaban aquel sosegado retiro, repasaba todas mis ventajas de nacimiento y de fortuna, me suponía mucho mas ilustrado que ellos, y con todo decia suspirando: Ellos estan mas tranquilos que yo, ellos respiran sin las penas y sustos que yo sufro, y son infinitamente mas dichosos; sin duda que tienen ménos luces y que viven con falsas ilusiones; pero este mismo error que los engaña, esta misma falta de talento que los ciega, es el principio de su felicidad, pues consumen sus dias en estos asilos del reposo léjos de los afanes y pasiones, y al fin, cuando llegue la muerte, habrán sacado mejor parte que yo, que con todos mis conocimientos vivo con tantas inquietudes, y me encuentro expuesto á tan grandes peligros. ¡Ay Manuel desdichado!

Tú has acabado (continuaba) una corta vida, en que como yo, buscando siempre los placeres, no has encontrado como yo mas que tormentos y aficciones. ¡De qué te han servido ni tu filosofia ni tus prendas? Tú parecias como una nave bien

anclada, que desafia á las tempestades y las ondas, y con todo ha desaparecido de repente; una ola inopinada te ha arrojado en la profundidad de los abismos. ¡Infeliz extranjero, víctima involuntaria de mi mano! yo he cortado en su primavera el hilo de tu vida; yo he regado á mi pesar con tu sangre la tierra que debe arrojarme de su seno. Ve aquí en pocos instantes dos plantas que parecían tan lozanas, arrancadas, marchitas y convirtiéndose en ceniza. Ve aquí dos vidas que no han tenido entre sus placeres y su muerte mas intervalo que el de un suspiro. ¡Pobre Manuel! tú corrias por servirme á nuevas iniquidades, y en un instante el destino te separa de mí para siempre. ¡Extranjero desgraciado! mi altivez, mi mal humor, mi genio violento y envidioso te han hecho víctima de mi feroz arrogancia; pero uno y otro tendréis el consuelo de que el suplicio sea el término de mis excesos, y si no me alcanza quedaréis mas vengados, pues mis propios remordimientos me harán padecer tormentos mas crueles.”

Quando bebia el cáliz de estas amargas reflexiones, oigo el tañido de una campana, y al instante aquel profundo silencio y soledad se convierte en un movimiento vivo y continuado: á un tiempo se abren todas las puertas de los cuartos que rodean los claustros, y sus tranquilos habitantes salen presurosos, encaminándose, como despues supe,

á la iglesia. El corazon me dió un vuelco, y no pude dejar de decirme: „Hombres ilusos, hombres pacíficos, á pesar de vuestras ignorancias y errores, ¡cuán superior es la paz de vuestro corazon á las angustias que padece el mio! Vosotros érais el objeto de mi desprecio y de mi saña; ahora lo sois de mi envidia.” Y en este mismo momento aquel espectáculo tan serio y tan sencillo me interesó mas que todas las pompas del mundo.

Uno de los que pasaban junto á mí, viendo allí un hombre desconocido, ó advirtiendo quizá en mi semblante algunas señales de las agitaciones de mi espíritu, se me acerca, y con tono dulce y comedido me pregunta qué es lo que deseo, y si puede servirme en algo. Le respondo que la fatiga de un largo viaje me ha obligado á sentarme allí, y que no deseo mas que un poco de reposo. Me deja, se incorpora con los otros, y oigo que despues de algunos minutos empiezan todos á cantar salmos y cánticos con unción y reverencia. El concierto acorde y magestuoso de tantas voces me sorprendió, y no dejó de causarme una impresion de respeto; pero arrastrado por el ascendiente de mis antiguas ideas, me dije: „Hombres simples y crédulos, vos derramais vuestras voces al viento, vos celebráis al que no puede oiros. Si existiera el Dios que cantais, él os exigiera sacrificios mas útiles: ¿de qué podrán servirle vuestros cantos y alabanzas? ¡Ah! si no hiciérais ma-

por mal en el mundo, mereceriais mas compasion que cólera; pero miéntras algunos de vosotros cantan, otros se ocupan en turbar al mundo, en seducirlo y dominarlo.

Aquellos eclesiásticos consumieron en aquellos oficios mucho tiempo, y yo me sentí mas agrava- do con el peso de mis fatigas, de modo que cuando salieron para retirarse otra vez á sus estancias, yo estaba todavía absorto é inmóvil en el mismo puesto. El mismo eclesiástico que me habló la primera vez, se me volvió á acercar, y con ademán mas dulce y expresivo me dijo: „Me parece, caballero, que algun cuidado grave ó que alguna inquietud viva os tienen agitado: si vuestra pena es de naturaleza que la compasion, la caridad y el celo la pueden remediar, yo os ofrezco los consejos, los oficios y los esfuerzos de cuantos estamos congregados en esta casa: quizá Dios, que todo lo gobierna con su providencia, os ha conducido á ella, porque quiere su bondad hacernos la gracia de que podamos contribuir á vuestro alivio.” Dejádme, padre, le dije yo con un tono muy rudo: yo no conozco ese Dios de que me hablais; yo no creo que exista, porque si existiese, yo no viviria, y si le hay para vos, no le hay para mí.

El buen eclesiástico se quedó sorprendido oyéndome un discurso tan insensato. Se persuadió sin duda que mi razon estaba enagenada; y con

todos los miramientos de una caridad atenta y delicada, me propuso que no estábamos bien en aquel claustro; me añadió que él estaba encargado de cuidar de los forasteros que venian de cuando en cuando á hacer los ejercicios en aquella casa, que por consiguiente podia disponer de los aposentos destinados á este objeto; que si yo queria venir, podia ponerme en uno de ellos, donde estaria con toda libertad, y que despues de haberme recobrado, podria hacer lo que quisiera.

Mi situacion era dificil, porque al fin la irritacion de mis nervios y tantas convulsiones violentas que habia sufrido mi alma, me habian encendido en una fiebre que me devoraba. El se apercibió, y tomándome el pulso, me dijo: „Venid, señor, venid conmigo, pues aquí estais mal, y en esta casa hallaréis todos los socorros del arte y de la caridad;” y diciendo esto me toma por el brazo, y con una dulce violencia me arrastra á uno de los aposentos que estaban cerca.

Yo estaba ya sin accion y sin fuerzas; me dejo conducir; me lleva á un lecho sencillo, pero aseado, y entónces no pudiendo sostenerme, me acuesto en él como casi fuera de mis sentidos. No hago memoria de lo que pasó por mí desde aquel momento; pero el padre me ha dicho despues que á poco rato entré en un delirio frenético; que no hablaba mas que de muertes y sepulcros; que me veia con horror á mí mismo, que llamaba muchas

veces á Manuel; que otras me enfurecia contra uno que llamaba extrangero y causa de todas mis desgracias; que el nombre de Teodoro era repetido por mis labios como si le pidiera compasion, y que algunas veces tambien invocaba á Mariano; pero que mis discursos no eran seguidos, que las palabras eran interrumpidas y tumultuosas, sin que nunca terminara la frase; que despues de haber pasado mucho tiempo en estas agitaciones violentas, caí en un letargo profundo sin dar la menor señal de movimiento; que al fin despues de mas de veinte y cuatro horas de este estado de insensibilidad con todos los síntomas de muerte, la fuerza de mi temperamento me sacó, haciendo que la naturaleza se desahogase con un sudor crítico y copioso, que me hizo volver á la salud y á la razon.

Lo único de que yo puedo hacer memoria es, de que habiendo vuelto en mí como á media noche, el primer objeto que se presentó á mi vista fué aquel mismo eclesiástico, que á la luz de una lámpara, puesto de rodillas delante de un crucifijo, exhalaba suspiros tiernos y doloridos con el semblante inundado en llanto. A pesar de la flaqueza en que me hallaba todavía, este espectáculo tan nuevo y tan tierno conmovió mucho mis entrañas. La primera idea que me vino fué la de que yo, que no habia conocido jamas la virtud ni me habia querido persuadir de su existencia, aho-

la veia en su misma persona; que la veia por la primera vez en un eclesiástico que no me conocía me trataba con tanta caridad.

En medio de mi debilidad y mis angustias esta ista derramó una impresion de dulzura sobre mi alma, vertió un bálsamo saludable sobre mi corazón. Sentí como un consuelo de encontrarme engañado, de haber al fin hallado esta virtud que yo creia, de ver que alumbraba ya con los primeros rayos de su luz celestial las tinieblas de mi vida, y que me estaba ofreciendo todos sus tesoros. Mi emocion fué tan viva, que dí un grito, y aquel santo varon, interrumpiendo su ejercicio, corrió lleno de júbilo á mi lecho. Yo queria explicarle una parte de las ideas tumultuosas que me agitaban, sin poder articular ninguna, y sin formar una frase arreglada: él me representó que despues de un ataque tan fuerte, todo esfuerzo me seria dañoso, que el médico habia prevenido que no se me permitiese hablar; me pidió que callase, y solo me recomendó el sosiego.

Parece que ya su alma empezaba á tomar ascendiente sobre la mia, pues no me atreví á desobedecerle. Desde entónces empezó entre nosotros un comercio de señas, con que me indicaba lo que debía hacer para restablecerme, sin permitir que le respondiera. No es posible, Teodoro, que yo te refiera el celo, la vigilancia, la aficion y ternura con que me servia este hombre in-

comparable, y bajo sus órdenes los enfermeros y dependientes; yo me admiraba de un ardor tan constante, y de un interes tan amistoso por un desconocido.

Tres dias de cuidado, de remedios y de un alimento simple y sano bastaron para ponerme en disposicion de tomar un partido. En todo este intermedio no me dijo una palabra que no tuviese por objeto mi salud; y cuando yo impehido de mi gratitud ó no pudiendo contener las inquietudes de mi situacion, queria desahogar con él algunos de estos sentimientos, él los atajaba, diciéndome que aun no tenia fuerzas suficientes, y que era menester esperar á tenerlas.

Entre las reflexiones que me atormentaban, la que en mi espíritu tenia mas fuerza por entónces era un sentimiento de vergüenza. Me parecia que yo no era digno de tantas atenciones; que no merecia todos los desvelos de aquel hombre cuyo carácter y profesion habia yo despreciado, y á quien en caso trocado hubiera abandonado con desprecio, ó cuando mas le hubiera hecho servir con desden. Por otra parte, la diferencia de nuestras opiniones, la poca conformidad de nuestra conducta, la idea de que si él conociera mi modo de pensar y mis acciones; que si supiera que yo acababa de dar la muerte á un infeliz y todo lo demas de mi conducta, me miraria con horror en vez de tratarme con caridad tan amistosa; todo en

fin, me hacia parecer que yo le robaba sin pudor su beneficencia y atenciones.

Una mañana, sintiendo ya mis fuerzas y no pudiendo contener mas los ímpetus de mi corazon, cuando se acercó á mi lecho para informarse del estado de mi salud, tomando sus manos entre las mias, y mojándolas con mi llanto, le dije: Hombre angelical, ¿cuál será tu dolor y tu arrepentimiento cuando conozcas el monstruo en quien derramas cuidados tan repetidos y afectuosos? No solo usas conmigo de una caridad fervorosa, sino que veo en tus acciones y en tus ojos interes, ternura y amistad. Yo te diera toda la mia, si fuera digno de la que me ofreces; pero tú me verás con horror el dia que me conozcas; tú me confundes y avergüenzas, porque empiezas á hacerme conocer mis injusticias. No; nosotros no hemos nacido el uno para el otro, ni podemos habitar juntos bajo del mismo techo.

Vos sois un ángel, yo un demonio; vos creéis un Dios, le amais y le servís; yo no creo que le haya, y esta idea me sostiene, porque si le hubiera, no pudiera ser mas que mi enemigo. Vos adorais á Jesucristo, yo le aborrezco; vos seguís su religion, yo la abomino; vos pasais vuestra vida en la virtud y la inocencia, ya mas de cincuenta años que yo arrastro las cadenas de las pasiones mas vergonzosas; vos respirais con un corazon tranquilo y sosegado, nada os turba, na-

da os inquieta; porque no temeis las desgracias, porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones: vuestros consuelos son falsos, son fingidos; pero al fin son consuelos.

Yo con mayor luz, con conocimientos mas exentos de error, no puedo hallar mas que furor y despechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres, y lo peor es que no puedo hallar en mi corazon remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédulo: yo envidio ahora vuestra simplicidad; pero todas mis luces, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupcion es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos estan circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban, y extinguieron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo mi cabeza se recostó sobre el pecho de aquel ángel; pero ¿cuál fué la dulzura y consuelo que recibí, cuando me apercibí de que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazon, cuando sentí caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y cuando ví que el dulce llanto del justo se confundia con el llanto amargo de un miserable! Los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta

postura. Y tú, Dios eterno, tú que dabas tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto trono este abrazo en que te complacian las virtudes del santo, y empezaban las esperanzas del inicuo; tú mirabas este espectáculo obscuro como mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que cuantos celebra la vanidad de las historias de los reyes; tú bendecias estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazon.

Teodoro, las lágrimas me sofocan, el recuerdo de esta tierna y patética escena me enternece de nuevo, y me derrite en llanto; necesito de algun descanso, y reservo lo demas para la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA III.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ántes que continúe la relacion que dejé pendiente, debo decirte, que hasta entónces mi nuevo y oficioso amigo no se habia presentado á mi espíritu, sino como un hombre